

Dios es Amor

Un amor organizado, gratuito y cordial

Roberto Urbina A.¹

“Hemos creído en el Amor de Dios”, así expresamos los cristianos, dice el Papa, nuestra opción fundamental de vida. Lo recuerda al inicio de este regalo que es su primera encíclica. Esta opción es fundamental porque el amor es lo esencial, epicéntrico, en nuestra vida: pauta de evaluación por la cual seremos juzgados (“porque tuve hambre y me dieron de comer... Mt. 25, 34-46) y porque justifica y da sentido a todo lo que somos y hacemos. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

En la próximas líneas abordaremos sólo parte de esa encíclica: lo relativo a la solidaridad y la caridad, y aún esto en forma parcial.

Un mandamiento único

El amor es tan epicéntrico en nuestra vida de fe que no podemos decir que amamos a Dios si no amamos al prójimo, incluso a aquel que instintivamente tendemos a despreciar. El Papa cita la primera carta de san Juan (1 Jn. 4,20) subrayando “la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo” (n. 16). “Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo ‘piadoso’ y cumplir con mis ‘deberes religiosos’, se marchita también la relación con Dios y será únicamente una relación ‘correcta’, pero sin amor” (n. 18).

Detengámonos en la segunda parte de esta encíclica para acoger lo que nos dice respecto a la práctica de la caridad. Porque “la caridad en la Iglesia es una manifestación del amor trinitario”, “toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana” (n. 19).

¹ Roberto Urbina Avendaño es Secretario Ejecutivo de la Campaña nacional Cuaresma de Fraternidad. E-mail: cuaresma@episcopado.cl

“Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social, que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (n. 25.a).

La Carta repite, por lo menos tres veces, una afirmación fundamental: **la caridad pertenece a la esencia de la Iglesia, junto a la Palabra y a los Sacramentos**. No es una dimensión de segundo grado o periférica: en la Iglesia kerygma, koinonía y diakonía van estrechamente unidas, son los pilares, las expresiones de la Iglesia. “El ejercicio de la caridad es una actividad de la Iglesia como tal y [que] forma parte esencial de su misión originaria, al igual que el servicio de la Palabra y los Sacramentos” (n. 32).

En definitiva, “la Iglesia es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario. Pero, al mismo tiempo, la caritas-*agapé* supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado ‘casualmente’ (cf. Lc 10, 31), quienquiera que sea” (n. 25 b).

¡Buen desafío nos presenta el Papa: revisar nuestras prioridades pastorales para ver si efectivamente estamos cimentando nuestra evangelización tanto en el servicio de la Palabra y de los Sacramentos, como en el de la Caridad!

El servicio del amor

“El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado” (n. 20).

Luego de señalar el rol de los laicos como constructores de la sociedad en el actuar político, recuerda el Papa que el amor será siempre necesario, “incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor” (n. 28) por lo que “la Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor” (n. 29.3).

El Papa no deja de indicar los rasgos de esta expresión fundamental de nuestro ser cristiano: “Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc.” (n. 31, a)

Aquí destaca un primer requisito: la *competencia profesional*, porque, como dice un dicho popular, “la caridad mal hecha es una falta de caridad”. Pero el profesionalismo no basta por sí solo, ya que “se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial [...] Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una ‘formación del corazón’.” (31 a)

Otro rasgo es que “la actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita [...] El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un ‘corazón que ve’. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia. Obviamente, cuando la actividad caritativa es asumida por la Iglesia como iniciativa comunitaria, a la espontaneidad del individuo debe añadirse también la programación, la previsión, la colaboración con otras instituciones similares” (n. 31 b).

“Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor.” (n. 31 c).

Estos son los rasgos con que el Papa nos invita, en esta primera carta suya, a vivir nuestro seguimiento al Señor, practicando lo esencial: el amor.